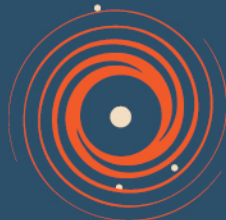
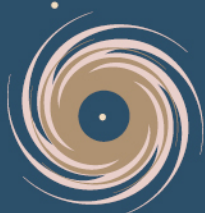
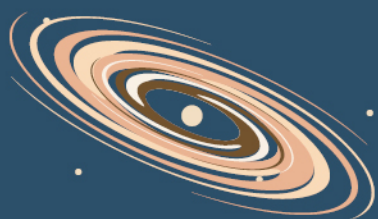


Stanislaw Lem
CIBERÍADA



INTERZONA

CIBERÍADA



Stanisław Lem

CIBERÍADA

De la obra cifroticón, o sea, sobre desviaciones,
superfijaciones, con chifladyuras cordiales

Traducción de: Bárbara Gill Żmichowska

INTERZONA

INTERZONA

línea C

Lem, Stanisław

Ciberiada / Stanisław Lem. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos

Aires: interZona Editora, 2021.

464 p. ; 21 x 13 cm. - (Línea C)

Traducción de: Bárbara Gill Żmichowska.

ISBN 978-987-790-036-1

1. Narrativa Polaca. 2. Literatura Polaca. 3. Ciencia Ficción. I. Gill,

Bárbara, trad. II. Título.

CDD 891.853

Cyberiada fue publicado por primera vez en Polonia en 1965

© Tomasz Lem, 2016

© de la traducción, Bárbara Gill Żmichowska, 2021

© interZona editora, 2021

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Cuidado de edición: Luciano Páez Souza

Traducción: Bárbara Gill Żmichowska

Asistencia editorial: Fernando Ozón

Composición de interior: Brenda Wainer Composición de

tapa: Luciano Páez Souza

Vectores de tapa: Shutterstock

Corrección: Anna Souza Korolkov

ISBN 978-987-790-036-1

INSTYTUT KSIĄŻKI



Esta publicación ha sido subsidiada por Instytut Książki

© POLAND programa de traducciones.

©POLAND

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ACERCA DEL PRÍNCIPE FERRICIO Y LA PRINCESA CRISTALENA

El rey Coracete tenía una hija cuya belleza superaba el brillo de las joyas de la corona; los destellos resplandecientes de su rostro espejante eclipsaban los sentidos y la vista, y cuando ella pasaba, hasta un fierro lanzaba chispas eléctricas; su fama llegaba hasta las estrellas más lejanas. Ferricio, el heredero del trono iónata, oyó sobre ella y deseó unírsele por los siglos de los siglos, de modo que sus inputs y outputs nada pudiera separar. Cuando lo confesó a su progenitor, este entristeciése grandemente y dijo:

–Hijo mío, en verdad que tu propósito es loco, ¡jamás se realizará!

–¿Por qué, padre y señor mío? –inquirió Ferricio, espantado por tales palabras.

–¿Acaso no sabes –dijo el rey– que la princesa Cristalena juró no unirse a nadie, salvo a un palidete?

–¡Un palidete! –exclamó Ferricio–. ¿Y qué es eso? ¡Nunca supe de tal criatura!

–Precisamente allí reside tu ingenuidad, hijo –replicó el rey–. Debes saber que esa raza de la Galaxia fue engendrada de un modo tanto misterioso como arcaico, y fue cuando llegó la putrefacción general de los cuerpos celestes; por ese entonces les afloraron miasmas y ebulliciones frías y de ellas eclosionó la estirpe de los palidetes, pero no de inmediato. Primero fueron moho y reptación, luego se trasvasaron desde el océano al suelo seco, devorándose entre sí; y cuanto más se devoraban, más se multiplicaban; finalmente se irguieron, después de colgar su contenido pegajoso

sobre andamiajes calizos, y construyeron máquinas. De estas tataramáquinas surgieron máquinas inteligentes, que engendraron máquinas sabias, que inventaron máquinas perfectas, dado que tanto su átomo como la galaxia son una máquina, y no hay nada que no sea máquina, ¡que es eterna!

–¡Amén! –maquinalmente contestó Ferricio, dado que era una fórmula religiosa corriente.

–Finalmente, la estirpe de los palidetes-apelmazadetes con sus máquinas se elevó a los cielos –continuó el anciano rey– maltratando a los metales nobles, ultrajando a la dulce electricidad y depravando la energía nuclear. No obstante, colmaron la medida de sus delitos, cosa que profunda y omniaspectadamente comprendió nuestro tatarabuelo, el primero de nuestra estirpe, el gran Calculadorio Genetofornicio; por lo tanto, comenzó a exponerles a esos resbaladizos tiranos cuán indigno era su proceder al mancillar la inocencia de la sabiduría cristálica, domeñándola a sus infames tareas, apresando a las máquinas en las telarañas de sus lascivias; mas no encontró eco para sus sabias enseñanzas. Él les hablaba de ética, y ellos le decían que estaba mal programado. Entonces nuestro antepasado creó el algoritmo de la electroencarnación y con grandes trabajos engendró a nuestro pueblo, y con esa vuelta de tuerca liberó a las máquinas de la esclavitud palideta. Por tanto, entenderás, hijo mío, que no hay amistad ni relación alguna entre nosotros y ellos; nosotros actuamos resonando, chisporroteando y destellando; en cambio ellos lo hacen balbuceando, salpicando y emponzoñando. Dado que también entre nosotros aparece la locura, esta invadió de joven la razón de Cristalena y oscureció su discernimiento entre el bien y el mal. A partir de allí, a cualquiera que pretenda su mano radiocreadora no le permite apersonarse, a menos que se declare palidete. A ese lo recibe en su palacio, regalado por su progenitor, el rey Aurancio, y comprueba la veracidad de sus palabras; si descubre que miente, ordena que decapiten al pretendiente. Alrededor de su palacio se amontonan

restos destrozados, cuya sola visión puede llevar a la no existencia, con tanta crueldad procede esa enajenada con los atrevidos que sueñan con ella. Por lo tanto, hijo, abandona esa idea y vete en paz.

El príncipe hizo la reverencia correspondiente a su padre y señor, tras lo cual alejóse, en silencio, pero el pensamiento acerca de Cristalena no lo abandonó, y cuanto más pensaba en ella, tanto más la deseaba. Cierta día llamó a su presencia a Polifasio, que era el Gran Vestuarista de la Corona, y mostrándole el fuego de su corazón, le dijo:

–¡Oh, insigne! Si vos no me ayudás, nadie podrá hacerlo, y entonces mis días serán contados, porque ya no me contenta ni el brillo de las emisiones infrarrojas, ni el ultravioleta de los ballets cósmicos, ¡y desapareceré si no llego a unirme con la maravillosa Cristalena!

–¡Oh, príncipe! –respondió Polifasio–, no me negaré a tu mandato, pero debés pronunciarlo tres veces, para que yo sepa que tal es tu inquebrantable voluntad.

Ferricio repitió tres veces sus palabras, y entonces Polifasio dijo:

–Mi señor, otro modo no hay para presentarte ante la princesa, ¡deberás disfrazarte de palidete!

–¡Por tanto hacé que sea como ellos! –exclamó Ferricio.

Polifasio, dándose cuenta de que el amor había nublado la razón del joven, hizo una profunda reverencia y se dirigió a su laboratorio, donde comenzó a preparar y cocer pegajosos pegamentos y fluyentes fluidos. Luego envió a un sirviente al palacio real, diciéndole:

–Que venga a verme el príncipe, si no ha mudado de parecer.

Ferricio se apersonó de inmediato. El insigne Polifasio embardurnó con barro su curtido cuerpo y preguntó:

–¿Debo continuar, oh, príncipe?

–¡Hacé lo que debas! –mandó Ferricio.

Entonces el sabio tomó un gran amasijo, que era sedimento de suciedades oleosas, polvo envejecido y engrasantes pastosos, obtenido de las entrañas de las máquinas más viejas, y con eso

manchó el abovedado pecho del príncipe, y lo hizo largamente, hasta que todos los miembros dejaron de emitir un sonido grato y se parecieron a un charco desecado. Entonces el sabio tomó tiza, la desmenuzó, la mezcló con rubí molido y aceite amarillo, y formó otro amasijo, tras lo cual embadurnó a Ferricio de pies a cabeza, dotando a sus ojos de una lúbrica humedad, almohadilló su torso, ampolló las mejillas, y le agregó aquí y allá unos colgajitos de la masa tizosa, finalmente aplastó sobre su cabeza caballeresca una mata de pelos del color de la corrosiva herrumbre; y llevándolo ante un espejo de plata, díjole:

—¡Mirá!

Contempló Ferricio la argéntea superficie y tembló, dado que en ella no se vio a sí mismo, sino a un monstruoso fantasma, a un auténtico palidete, con una mirada laberíntica como una telaraña en la lluvia, con colgajos aquí y allí, con un matojo herrumbroso sobre la cabeza, masoso y nauseabundo; y cuando se movió, su cuerpo tembló como una gelatina descompuesta. Gritó, estremeciéndose de repugnancia:

—¡Oh, insigne!, ¿acaso perdiste la razón? ¡Arrancame de inmediato los fangopantalones —oscuros y superficialmente pálidos—, como también esos filamentos herrumbrosos con los que manci llaste mi cabeza campanuda, porque la princesa me odiará por los siglos de los siglos si llega a verme con tan indigna figura!

—Estás equivocado, oh, príncipe —replicó Polifasio—. En eso se funda su locura, que lo horrible le parece bello, y lo bello, horrible. Solo con esta apariencia podrás ver a Cristalena...

—¡Entonces que así sea! —exclamó Ferricio.

El sabio mezcló cinabrio con mercurio y llenó cuatro vejigas, que ocultó bajo las vestimentas del príncipe. Tomó unos fuelles, los llenó con aire podrido de una vieja mazmorra y los escondió en el pecho del príncipe; llenó con agua venenosa, limpia, unos tubos de vidrio, que eran seis; colocó dos bajo las axilas, dos en las mangas, dos en los ojos, y finalmente dijo:

–Escuchá y recordá todo lo que te diré, si no, morirás. La princesa te someterá a pruebas para comprobar la verdad de tus palabras. Si desnudara una espada y te ordenara tomarla, apretarás a escondidas una de las vejigas de cinabrio, para que mane el líquido rojo y manche el filo, y cuando la princesa te pregunte qué es eso, contestarás: “¡Sangre!”. Luego la princesa acercará a tu rostro el suyo, cual bandeja de plata, vos apretarás el pecho para que salga el aire de los fuelles; te preguntará qué es ese aire, y vos contestarás: “¡Aliento!”. Entonces la princesa fingirá que se enfurece y ordenará que te decapiten. Entonces inclinarás la cabeza, como con humildad, y el agua fluirá de tus ojos, y cuando te pregunte qué es eso, contestarás: “¡Lágrimas!”. Quizá acceda a unirse contigo, pero eso no es seguro: es más seguro que fenecerás.

–¡Oh, insigne! –exclamó Ferricio–. ¿Y si me interroga queriendo saber cómo son las costumbres de los palidetes, cómo aparecen, cómo se aman y qué hacen, qué debería contestarle?

–En verdad, no hay otro camino –replicó Polifasio– que unir tu destino con mi destino. Me disfrazaré de mercader de otra galaxia, lo mejor, de una no espiral, puesto que tales suelen ser rechonchos, y yo bajo mis vestiduras debo ocultar una cantidad de libracos, los cuales contienen el conocimiento de las horripilantes costumbres de los palidetes. No podría enseñártelas, aunque quisiera, dado que esos conocimientos son contra natura: puesto que todo lo hacen al revés, de un modo pegajoso, desagradable y poco apetitoso, imposible de imaginar. Haré una lista con las obras necesarias, y vos mandá que el sastre de la corte te confeccione unos ropajes palidetes con toda clase de fibras y trenzados. Partiremos en breve. Y dondequiera nos dirijamos, no te abandonaré, para que sepas qué hacer y decir.

Alegróse Ferricio y permitió que le confeccionaran unas vestimentas palidetas, que mucho lo asombraron; cubrían casi todo el cuerpo, formando algo así como cañerías por acá, por allí soldadas con bultos, ganchitos, tapitas y cordoncitos; el sastre tuvo que darle instrucciones, extensas, sobre cómo y qué vestir primero, qué y con

qué abotonar, y cómo desenbridarse de todos esos paños y materiales cuando llegara la hora.

En tanto el sabio vistióse con los ropajes de mercader, a hurtadillas escondió entre ellos los gruesos volúmenes científicos, que versaban sobre las prácticas palidetas, ordenó que con barrotes de hierro hicieran una jaula de veintisiete codos de largo y otro tanto de ancho, encerró en ella a Ferricio y partieron ambos en el vacicru-cero real. Cuando arribaron a la frontera del reino de Aurancio, el sabio disfrazado de comerciante se dirigió al mercado y anunció a voz en cuello que había traído desde lejanas comarcas a un palidete joven, y lo ofrecía en venta. Los sirvientes de la princesa le llevaron la nueva, asombróse y les dijo:

–En verdad, debe ser un gran embuste, pero no me engañará ese mercader, porque nadie sabe tanto sobre los palidetes como yo. ¡Ordénele que venga a palacio y que me lo muestre!

Llevaron los sirvientes al mercader ante la presencia de Cristalena; vio esta a un anciano digno y una jaula, que trajeron unos esclavos; en la jaula había un palidete sentado, su rostro tenía el color de la tiza mezclada con piritita, los ojos como moho húmedo, y los miembros como fango revuelto por aquí y por allí.

Y Ferricio miró a la princesa y vio su rostro, que parecía emitir sonidos, los ojos brillantes como descargas silenciosas, y de inmediato creció la locura de su corazón.

“¡En verdad, este sí parece ser un palidete!”, pensó la princesa, pero en voz alta dijo:

–Por cierto, anciano, te habrás tomado muchos trabajos para moldear en barro semejante monigote y frotarlo con polvo calizo, con tal de embaucarme, pero debes saber que conozco todos los secretos de la estirpe de los poderosos palidetes, y cuando desnude tu engaño mandaré que te decapiten, ¡a vos y a ese impostor!

Replicó el erudito:

–Oh, princesa Cristalena, este que ves en la jaula es tan verdadero como solo puede serlo un palidete; se lo compré a unos piratas

estelares por cinco mil hectáreas de campo nuclear, y si esa fuere tu voluntad, te lo ofrezco, ¡porque no tengo más deseo que alegrar tu corazón!

La princesa mandó que le dieran una espada y la introdujo entre los barrotes de la jaula. El príncipe asió el filo y se cortó la vestidura hasta atravesar la vejiga y fluyó el cinabrio, y lo enrojeció.

–¿Qué es eso? –preguntó la princesa, y Ferricio contestó:

–¡Sangre!

Entonces la princesa ordenó abrir la jaula, entró resueltamente y acercó su rostro al de Ferricio; la proximidad de su faz le nubló la razón, pero desde lejos el sabio le hizo una seña secreta y el príncipe apretó los fuelles; salió el aire podrido, y cuando la princesa preguntó “¿Qué es esa brisa?”, Ferricio contestó:

–¡Aliento!

–Por cierto, sos un prestidigitador bastante hábil –dijo la princesa dirigiéndose al mercader mientras salía de la jaula–, pero me has engañado, ¡por tanto morirás, vos y tu fantoche!

Entonces el sabio bajó la cabeza, como con gran terror y duelo, y cuando el príncipe hizo lo mismo, de sus ojos fluyeron unas gotas transparentes. La princesa preguntó:

–¿Qué es eso?

A lo que Ferricio respondió:

–¡Lágrimas!

–¿Cómo te llamás, vos, que te decís palidete de una lejana comarca?

–¡Oh, princesa!, me llamo Ñamlao y no hay nada que más desee que unirme a vos de modo inundante, blando, masoso y aguado, tal como es costumbre de mi pueblo –contestó Ferricio, dado que tales palabras le habían sido enseñadas por el sabio–. Adrede dejéme atrapar por los piratas y roguéles que me vendieran a este mercader, porque se dirigía a tu país. Lleno estoy de gratitud hacia su hojalatera persona, porque me ha traído aquí: estoy tan lleno de amor por vos como el charco de barro.

Asombróse la princesa, puesto que en verdad se expresaba al modo de los palidetes, y dijo:

–Decime, vos, que te decís Ñamlao-palidete, ¿qué hacen tus hermanos durante el día?

–Oh, princesa –replicó Ferricio–, de día se remojan en agua limpia y la vierten sobre sus miembros, y se la echan adentro porque eso les da gusto. Y después andan de acá para allá de un modo ondulante y fluido, y salpican, y chasquean con la lengua, y cuando algo los entristece, tiemblan y sus ojos vierten agua salada, y cuando algo los alegra, tiemblan e hipan, pero sus ojos permanecen bastante secos. Y a los berridos húmedos los llamamos llanto, y a los secos, risa.

–Si es como decís –espetó la princesa–, y si compartís con tus hermanos el amor por el agua, ordenaré que te arrojen a mi estanque, para que te sacies de ella, y mandaré que te pongan pesas en los pies, para que no salgas antes de tiempo...

–¡Oh, princesa! –replicó Ferricio, enseñado por el sabio– si hacés eso, moriré, puesto que si bien dentro nuestro hay agua, por fuera no puede permanecer más que un momento, porque entonces pronunciamos nuestras últimas palabras, “glup-glup-glup”, sonidos con los cuales nos despedimos de la vida.

–Y decime, Ñamlao, ¿de qué modo obtenés energía, para pasearte, salpicando y chasqueando, balanceándote y campando por aquí y allí? –preguntó la princesa.

–¡Oh, princesa! –respondió Ferricio–, allí donde vivo, además de palidetes de poco pelo hay otros, que se pasean sobre todo a cuatro patas, que luego agujereamos acá y allá hasta que mueren; hervimos y cocemos sus cadáveres, los picamos y cortamos, tras lo cual rellenamos nuestro cuerpo con los de ellos; y conocemos trecientas setenta y seis formas de matar, y veintiocho mil quinientas noventa y siete formas de tratar a los difuntos, de modo que al rellenar con sus cuerpos los nuestros, y lo hacemos a través de un agujerito llamado boca, nos dé gran placer; y entre nosotros

el arte de preparar a los difuntos es más famoso que la astronáutica y se llama gastronáutica o gastronomía; aunque no tiene nada que ver con la astronomía.

–¿Eso significa que ustedes juegan a ser cementerios, convirtiendo sus cuerpos en sepulturas de sus parientes cuadrúpedos? –preguntó con insidia la princesa, pero Ferricio, enseñado por el sabio, dijo:

–¡Oh, princesa!, no es un juego, sino una necesidad, puesto que la vida se alimenta de vida; pero nosotros convertimos la necesidad en arte.

–Y decime, Ñamlao-palidete, ¿cómo construyen descendencia? –inquirió la princesa.

–No la construimos, en absoluto –respondió Ferricio–, sino que la programamos estadísticamente, en base al proceso de cadenas de Márkov, o sea estocásticamente, con belleza, aunque probabilísticamente; y lo hacemos sin querer y circunstancialmente, al tiempo que pensamos diversas cosas que no tienen nada que ver con la programación estadística, no lineal y algorítmica, aunque precisamente en esas circunstancias sucede la programación, autónoma, externa y por completo automática, porque de ese modo y no otro estamos organizados, cada palidete trata de programar su descendencia, porque le resulta gozoso, pero programa sin programar, y muchos hacen lo que pueden para que esa programación sea infructuosa.

–Es muy extraño –dijo la princesa, cuyos conocimientos eran menos detallados que los del sabio Polifasio–. Entonces, ¿en realidad cómo lo hacen?

–¡Oh, princesa! –respondió Ferricio–. Tenemos aparatos adecuados, construidos en base al principio de la estimulación, aunque todo en el agua; esos aparatos son un verdadero milagro de la técnica, dado que puede utilizarlos hasta el más estúpido; pero para revelarte en detalle los métodos que utilizamos debería hablar muy largamente, porque no es nada sencillo, tomando en

cuenta que nosotros no inventamos esos métodos, sino, digamos, esos métodos se inventaron solos, dado que son agradables y no tenemos nada en contra de ellos.

–¿En verdad –exclamó Cristalena– sos un palidete real! Y lo que decís parece tener sentido, pero en rigor carece del más elemental, es inverosímil, aunque se supone verdadero, aunque contrario a la lógica, porque ¿cómo se puede ser un cementerio sin serlo, o programar descendencia sin la menor programación?! Sí, sos un palidete, Ñamlao, por tanto, si es tu deseo, me uniré a vos con el lazo matrimonial variable y subirás al trono conmigo, si superarás la última prueba.

–¿Y cuál es esa prueba? –inquirió Ferricio.

–Esa prueba... –comenzó la princesa, pero de repente la sospecha entró a su corazón e interrumpió–: primero decime qué hacen tus hermanos de noche.

–De noche yacen acá y allá, con los brazos doblados, con las piernas encogidas, mientras el aire entra y sale de ellos, haciendo tanto ruido como si alguien afilara un serrucho oxidado.

–Entonces, ¡ahí va la prueba: dame la mano! –ordenó la princesa. Ferricio se la dio y ella la apretó; a la sazón, Ferricio gritó muy fuerte, porque así se lo había aconsejado el sabio, y ella preguntó por qué gritaba.

–¡Por el dolor! –respondió Ferricio, entonces ella creyó que era un verdadero palidete y ordenó que comenzaran los preparativos para la ceremonia de esponsales.

Pero sucedió que justo en ese momento volvió la nave en la cual el elector de la princesa, el ciberconde Cyberházy, había partido a los países centroestelares para encontrarle a Cristalena un palidete, ya que de tal modo anhelaba conseguir sus favores. Se acercó corriendo hacia Ferricio el atemorizado sabio Polifasio, y díjole:

–¡Oh, príncipe!, ha llegado la nave al vacío del gran ciberconde Cyberházy y este le ha traído un verdadero palidete, tal como lo han visto estos ojos; debemos huir cuanto antes, porque será inútil seguir

simulando si ambos se presentan ante la princesa. Su pegajosidad es más pegajosa, su vellosidad más velluda, su masosidad también es insuperable, ¡por lo tanto se descubrirá nuestra treta y pereceremos!

Pero Ferricio se opuso a la huida, dado que se había enamorado enormemente de la princesa, y dijo:

–¡Antes morir que perderla!

En tanto, Cyberházy, anoticiado de los preparativos de la boda, se escurrió bajo la ventana del aposento donde estaba el presunto palidete con el mercader, y habiendo escuchado su diálogo secreto corrió a todo trapo lleno de oscura alegría y se presentó ante Cristalena diciendo:

–Te han engañado, oh princesa, porque el llamado Ñamlao en verdad es un simple mortal, y no un palidete; ¡este sí es verdadero!

Y señaló al que había traído, quien sacó su peludo pecho, desorbitó sus acuosos ojos, y dijo:

–¡El palidete soy yo!

La princesa ordenó que de inmediato trajeran a Ferricio, y cuando este se presentó el truco del sabio resultó inútil. Porque Ferricio, aunque enchastrado de barro, polvo y tiza, aunque untado de grasa y chapoteando agua, no pudo ocultar su estatura electrocabaleresca, ni la figura magnífica, ni el ancho de sus hombros de acero, ni el paso estruendoso. Mientras que el palidete del ciberconde Cyberházy era un verdadero engendro contrahecho; cada uno de sus pasos era como un trasvasamiento de agua lodosa, su mirada como un pozo enfangado, su aliento podrido añublaba los espejos, y el orín cubría los hierros. Y la princesa comprendió en su corazón que le repugnaba ese palidete, al cual al hablar se le movía una especie de gusano rosa reptando en el hocico. Cristalena se dio cuenta, pero el orgullo no le permitía develar aquello que había nacido en su corazón.

Por lo tanto, indicó:

–Que luchen entre sí, y el que venza me tomará por esposa...

Díjole Ferricio al sabio:

–Señor, si ataco a ese engendro y lo convierto en el barro del cual ha nacido, entonces se descubrirá el engaño, la arcilla se me desprenderá y aparecerá el acero; ¿qué debo hacer?

–¡Oh, príncipe –replicó Polifasio–, no ataques, defendete!

Por tanto, salieron ambos a la plaza del palacio, ambos con espadas, y saltó el palidete sobre Ferricio, como salta el cieno del pantano, y daba vueltas a su alrededor, balbuceando y acucillándose, y resoplando, y tomó impulso, y lo cortó con la espada, que atravesó la arcilla y se destrozó contra el acero, y con el ímpetu el palidete cayó contra el príncipe, se desvaneció, estalló y se disolvió, y no hubo más palidete. Aunque conmovida al ver que la arcilla seca se desprendía de los hombros de Ferricio y develaba ante sus ojos su verdadera naturaleza de acero, este tembló, esperando la perdición, pero en sus ojos cristalinos vio admiración y comprendió cuánto se había transformado su corazón.

Por lo tanto, se unieron con el retroacople matrimonial, que es duradero y se retroalimenta, a unos les da alegría y suerte, a otros pobreza y agonía; y su reinado fue largo y feliz, habiéndose programado en innúmeros descendientes. Y la piel del palidete que había traído el ciberconde Cyberházy fue disecada y colocada en el museo de la corona para eterna memoria del suceso. Sigue allí hasta hoy, un monigote con descoloridos pelos por acá y por allá, y muchos sabihondos se animan a difundir la idea de que había sido solo un truco y una simulación; no hubo ni hay en el mundo palidetes-cementariosos, masoso-pegotosos-ojosos. Quién sabe, quizá sean puras fantasías, ¿o acaso son pocos los cuentos y mitos que se inventa el populacho? Pero, aun si la historia no fuera cierta, contiene un átomo de enseñanza, y es divertida, digna de ser contada.

ÍNDICE

ACERCA DEL PRÍNCIPE FERRICIO Y LA PRINCESA CRISTALENA	9
ASÍ SE SALVÓ EL MUNDO	21
LA MÁQUINA DE VERDCAÑOL	26
LA GRAN PALIZA	36
LAS SIETE EXPEDICIONES DE VERDCAÑOL Y CHANCLETACIO	43
UN CUENTO SOBRE LAS TRES MÁQUINAS CUENTISTAS DEL REY GENIALÓN	167
ALTRUCINA, O UNA HISTORIA VERÍDICA SOBRE CÓMO EL EREMITA BUENICIO DESEÓ DAR FELICIDAD AL COSMOS Y QUÉ RESULTÓ DE ELLO	234
EL COFEX	261
LA EDUCACIÓN DE CIFRANIO	314
REPASO	390

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA